

no dejaron en paz ni si mas que el comercio de las
calamidades que causaron. El que supiere talando
á sus deberes de militar, sublevándose en Veracruz
debia terminar su carrera política por la venta de la
Mesilla. Entre estos dos términos esta comprendida
la vida política de Santana.

XII.

Los españoles en Méjico.

Antes de continuar en la sucinta esposicion de
estos anales, tenemos que echar una mirada retros-
pectiva sobre el camino que hemos andado, para
ocuparnos de la suerte que nuestros compatriotas
tuvieron, durante la larga y triste série de insurrec-
ciones y trastornos, que forman el fondo principal
de la historia política de Méjico.

España, desde que en el siglo XVI, estableció su
dominacion en América, trató de amoldar el gobier-
no de aquellas lejanas comarcas al de la Metrópoli,
y esta intencion, no fué solamente instintiva, sino
que está consignada en nuestras leyes de Indias.

La historia de las colonias demuestra, de un
modo que no deja lugar á duda alguna, que en un
plazo mas ó menos largo, todas tienden á eman-

ciparse, á adquirir vida propia, á sacudir la tutela,
que la Metrópoli trata de hacer eterna. Ahora bien,
el trabajo de todo gobierno ilustrado y previsor,
debe dirigirse á preparar esta transicion del modo
menos brusco posible, para que cuando se realice,
quedén la Metrópoli y sus respectivas colonias bajo
el pié de la mejor amistad y union, que haga bene-
ficiosa esta misma separacion, en vez de producir
perniciosos resultados para los intereses de la patria.
Esté interés, fué el primero que desconoció el go-
bierno de España, y la causa de todos los males
que la violenta emancipacion de nuestras colonias
americanas produjo, tanto para la Metrópoli, como
para ellas mismas.

La primera consecuencia de esta dominacion
despótica, de esta tutela absoluta, que España man-
tenia en aquellas apartadas regiones, fué el que es-
tas, despues de un brusco sacudimiento, se encon-
trasen de repente dueñas de sí mismas, sin espe-
riencia alguna para la vida pública, sin costumbres
políticas, é imbuidas de muchas y perjudiciales pre-
ocupaciones. El verdadero sentimiento religioso, se
confundia con el fanatismo, la libertad con la licen-
cia, lo que debia producir la exageracion de los
partidos, y la vacilacion constante con que pasaba
el poder frecuentemente de un extremo á otro, sin
las transiciones necesarias, que educan á los pueblos
en la práctica de la libertad, y los preparan para el
legítimo uso de su autonomia.

Por lo demás, consideradas las colonias como

ALFONSO

medio de logro personal para los europeos, cerrábase la puerta á los destinos públicos á los *criollos*, encontrándose estos, á pesar de su origen español, privados de la vida pública, con lo cual las fuerzas de su ingenio, se dirigian hácia objetos ilegítimos, si querian salir de la ociosidad á que los condenaba la madre patria. Esto iba paulatinamente amenguando la aptitud de esta clase numerosa, y que hábilmente dirigida, hubiera producido beneficiosos resultados, y trazaba una línea divisoria entre los *criollos* y los europeos, siendo la causa de un inextinguible rencor entre ciudadanos, que debían considerarse ligados por los mas estrechos vínculos. Con deplorable frecuencia el odio entre españoles y *criollos*, llegó hasta el extremo de borrar los lazos mas santos de la familia, produciendo una enemistad profunda entre el padre y el hijo.

Esta escision lamentable, debía aparecer con todo su vigor en la época de la guerra de la independencia, en que embriagados los americanos por sus mismos triunfos, juraron instintivamente un odio eterno hácia el nombre español. De esta suerte se explica, el que siendo nuestros hijos, hablando nuestra propia lengua, participando de nuestras creencias, ideas y sentimientos, nos separa un profundo abismo, que ni el tiempo ni la civilizacion han podido todavía borrar.

Los gobiernos españoles, al sentir que aquellas ricas colonias se emancipaban, no tuvieron el tacto

ni la habilidad necesarias para que su pérdida, en vez de sernos sensible, nos fuese beneficiosa. Obstináronse por un espíritu de orgullo y de patriotismo mal entendido, en combatir hasta el último momento, y cuando toda resistencia material fué ya inútil, en vez de tratar de recobrar por la via diplomática, y por medio de hábiles transacciones pacíficas el perdido influjo, bajo un pié de mútuas relaciones, persistieron en protestar tácitamente contra aquella emancipacion que no pudieron impedir, negando el reconocimiento á aquellos gobiernos, fundados con los restos de nuestro poderío colonial.

El ejemplo de la Inglaterra, que supo aprovecharse de la emancipacion de los Estados-Unidos, hasta el punto de preparar para el comercio y la industria nacional, rendimientos muy superiores á lo que las colonias proporcionaban, en la época de su independencia, fué desdeñado por España, y así vemos que, á pesar de hacer mas de medio siglo que nuestras colonias se emanciparon, todavía algunas no se han reconocido, y nuestras relaciones en América tienen que ser, á causa de esta torpeza ó incuria, violentas, irregulares y muy poco á propósito para nuestro comercio material é intelectual.

Ahora bien, el espíritu de hostilidad que existia entre *criollos* y españoles antes de la independencia, creció por las circunstancias de la guerra sin tregua ni perdon, robusteciéndose cada vez mas con la obstinacion que los gobiernos mostraban en no reconocer la autonomia de unas comarcas que

ya no nos pertenecian. Entonces, aquellos pueblos se acostumbraron á odiar instintivamente el nombre español, confundiendo al pueblo, que no puede prescindir de los lazos de tan inmediato parentesco, con el gobierno, que no siempre obra en consonancia con las necesidades del país.

Negándose el gobierno español á reconocer la independencia de aquellas repúblicas, claro es que no podian estrecharse relaciones diplomáticas, y que las comerciales é industriales que se estableciesen, debian estar sujetas al capricho de aquellos gobiernos, que se sucedian con deplorable rapidez. Esto retrajo en gran parte la inmigracion española en el territorio mejicano, pues los súbditos españoles no contaban con ninguna sólida garantía, que les asegurase la tranquila posesion del legitimo fruto de sus afanes. De esta suerte, en tanto que los demás europeos, con muy cortas escepciones, y solo en determinadas circunstancias, podian dedicarse á labrar su fortuna en aquellas comarcas, solo sus antiguos poseedores eran mirados como extranjeros, y lo que es peor, como extranjeros odiosos.

Por otra parte, cuando se verificó el alzamiento popular, que terminó con la independencia, las gentes acaudaladas, que debian tomar la iniciativa para dirigir el movimiento hácia un fin civilizador que labrase la prosperidad nacional, demostraron, por el contrario, una apatía y retraimiento censurables, que dió márgen al predominio de los aventureros y de las clases menos capaces é ilustradas,

que convirtieron la revolucion en anarquía, postrando al país en un decaimiento sensible, á fuerza de trastornos y luchas encarnizadas é interminables.

La parte sensata de la poblacion, abdicó de esta suerte su poder en manos, no del legitimo pueblo, sino del populacho; y este, para robustecer su poder, despertó en el corazon de los indígenas el odio contra los europeos, y este fué tambien uno de los motivos de la aversion que nos han demostrado siempre los mejicanos.

Cuando el gobierno español, movido por los repetidos lamentos de sus súbditos residentes en aquellas comarcas, dirigió su vista hácia ellas, y entabló reclamaciones por la via diplomática, tuvo que luchar con grandes obstáculos, y entretanto se vejaba á nuestros compatriotas, que no podian contar con el tranquilo goce de sus riquezas, y que se veian espuestos, con deplorable frecuencia, á las iras de los mejicanos.

Bien es verdad, que si hemos de ser todo lo imparciales que debemos, si hemos de prescindir ante la verdad histórica de nuestras afecciones, no dejaremos pasar en silencio otra de las causas de las vejaciones que hemos sufrido en América. Mientras los súbditos de las demás potencias europeas (1), que residian en la república mejicana, demostraban un prudente aislamiento, en lo que se refiere á los movimientos políticos y á las insurrec-

(1) Eseepto los franceses en algunas ocasiones.

ciones militares, tratando de conservar con todos los partidos las mismas amistosas relaciones, los españoles, sin duda, por el hábito de considerar aquel país, no como completamente extraño, se mezclaron mas de lo que hubiera sido necesario en aquellas repetidas contiendas, hasta el punto de formarse un partido español, allí donde no debía haber mas que partidos mejicanos.

Escusamos añadir, que la mayor parte de los españoles que residian en aquellas comarcas, se afiliaron siempre al lado del partido conservador, ó por lo menos manifestaron por él ciertas simpatías, que hicieron acrecer el odio de los constitucionalistas hácia los españoles, y cuando el partido liberal llegaba al poder, se ensañaba, mas que contra sus mismos enemigos políticos, con los extranjeros que de alguna manera habian tomado parte en las discordias civiles.

Los *léperos* (1), producto de la mas depravada sociedad, verdaderos *lazaronis* de la capital, desahogaban con frecuencia sus instintos de desolacion y de rapiña contra los españoles, en los pronunciamientos militares, la soldadesca se abandonaba tambien contra ellos á sus depredaciones, y de esta suerte, las reclamaciones de los españoles reconocian un sólido fundamento.

Sin embargo, en el momento de hacerse efectivas estas reclamaciones, hubo exigencias muy su-

(1) En otro lugar nos ocuparemos de ellos.

periores, de las que en justicia debian haberse presentado, negociaciones poco legítimas en parte, con lo que se cargó el tesoro mejicano con una enorme deuda, representada por títulos sospechosos en parte, ó que se suponía al menos que así fuese, dando margen á que los gobiernos radicales, siempre que conseguían apoderarse de las riendas del Estado, rechazasen los créditos de esa deuda, rompiendo bruscamente con el gobierno español.

Entonces se reanudaban nuevas relaciones diplomáticas, que no podian llegar á un definitivo resultado, pues ambas partes contratantes partian de diversos puntos. El gobierno de Méjico, para llegar á un acuerdo, pedia la revision de los títulos, con el objeto de comprobar su legitimidad, y la España no podia entrar en este arreglo bajo tal base, pues de este modo se lastimaban intereses creados y legítimos, por mas que en su origen adoleciesen de algunas faltas. Era muy posible que la mayor parte de esos créditos contra el tesoro, hubiesen pasado ya por muchas manos, y los nuevos poseedores no debian pagar culpas ajenas. Esto dificultaba en gran manera nuestras relaciones diplomáticas con la república de Méjico, pues si bien es cierto que, cuando llegaba al poder el partido retrógrado, existian algunas veces, buenas relaciones entre ambos países, la vuelta del bando contrario las rompía bruscamente. Estábamos tocando precisamente en esto, las consecuencias de no haber reconocido oportunamente la independencia de la república mejica-

na, con lo cual hubiéramos obtenido, como premio de nuestra condescendencia, tratados ventajosos, que todos los partidos hubieran respetado, por lo mismo que radicaban, mas bien que en un partido determinado, en el reconocimiento de la nacion entera. Con esto tambien, el odio hácia el nombre español no hubiera llegado á tal extremo, facilitándose así las relaciones entre ambos países.

De todo esto resulta que, si bien las personas ilustradas, que pueden elevarse á una nocion verdadera y justa de los hechos, aprecian á los españoles en lo que valen, la gran masa del país, los descendientes de las indisciplinadas bandas de Hidalgo y Morelos, llevan su rencor hácia nosotros hasta un grado casi inconcebible de exacerbacion.

El gobierno es con frecuencia impotente para castigar los excesos á que se abandonan, especialmente los mestizos contra los españoles, y esta sensible circunstancia, ha hecho, con deplorable frecuencia, muy precaria la existencia de los españoles en Méjico, comprometiendo sus vidas é intereses en manos de bandas de ladrones y asesinos.

gran manera nuestras relaciones diplomáticas con la república de Méjico, pues si bien es cierto que cuando llegaba al poder el partido retrógrado, existían algunas veces, buenas relaciones entre ambos países, la vuelta del bando contrario las rompía prontamente. Estábamos tocando precisamente en esto, las consecuencias de no haber reconocido oportunamente la independencia de la república méjica-

la contrarrevolucion plantada por Santana. Comodoro fué elevado entonces á la presidencia, y sus primeros actos políticos, fueron encaminados á borrar por completo las huellas de las dominaciones revolucionarias, que habian llevado á su superior expresion durante la última dictadura del general Santana.

Las relaciones que España hasta entonces habia tenido en aquella república, se habian resentido de su carácter de provisionales, y eran muy poco á propósito para establecer sólidos lazos de amistad y de comercio íntimo entre ambos pueblos hermanados.

La abdicacion del general Santana, efecto de los movimientos insurreccionales que hemos dejado apuntados mas arriba, trajo en pos de sí, como consecuencia necesaria, el triunfo del partido *liberalista* (1), y un cambio completo en el sistema político del país. Hemos visto ya que Santana, en su última dictadura, se entregó completamente en manos de la reaccion, dió gran importancia al elemento clerical, estableció los jesuitas, puso trabas á la instruccion pública, y organizó el ejército de un modo desconocido hasta entonces en el país. Como era natural, tan pronto como el partido revolucionario se apoderó de las riendas del poder, se ensañó contra los

(1) Nombre que reciben los liberales.

C. ALFONSO ALFONSO